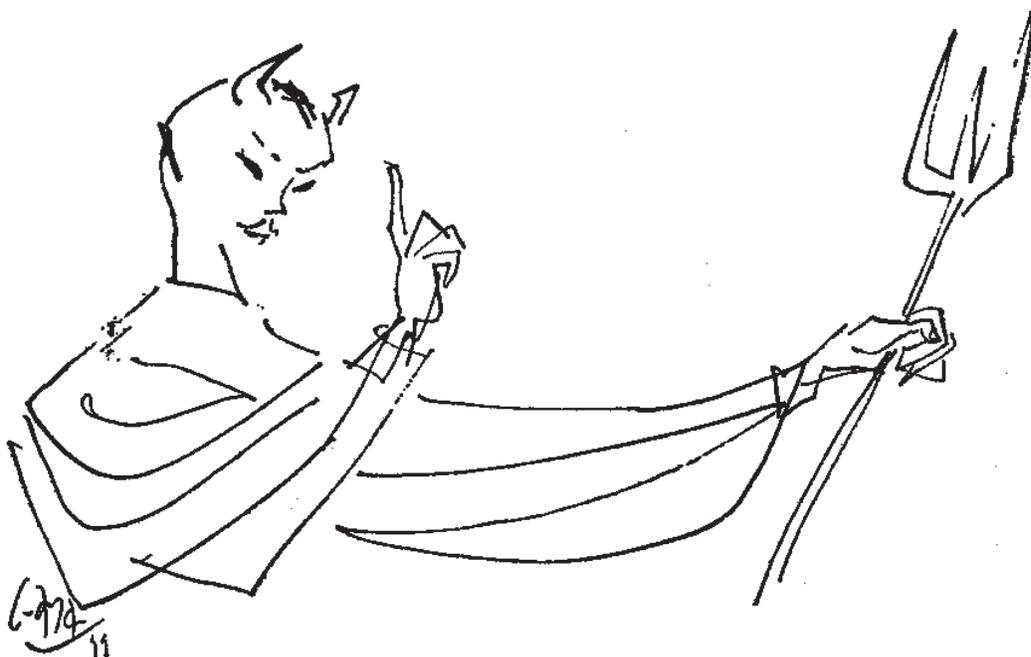


# Una moraleja del Diabolo

Isidoro Enríquez Calleja



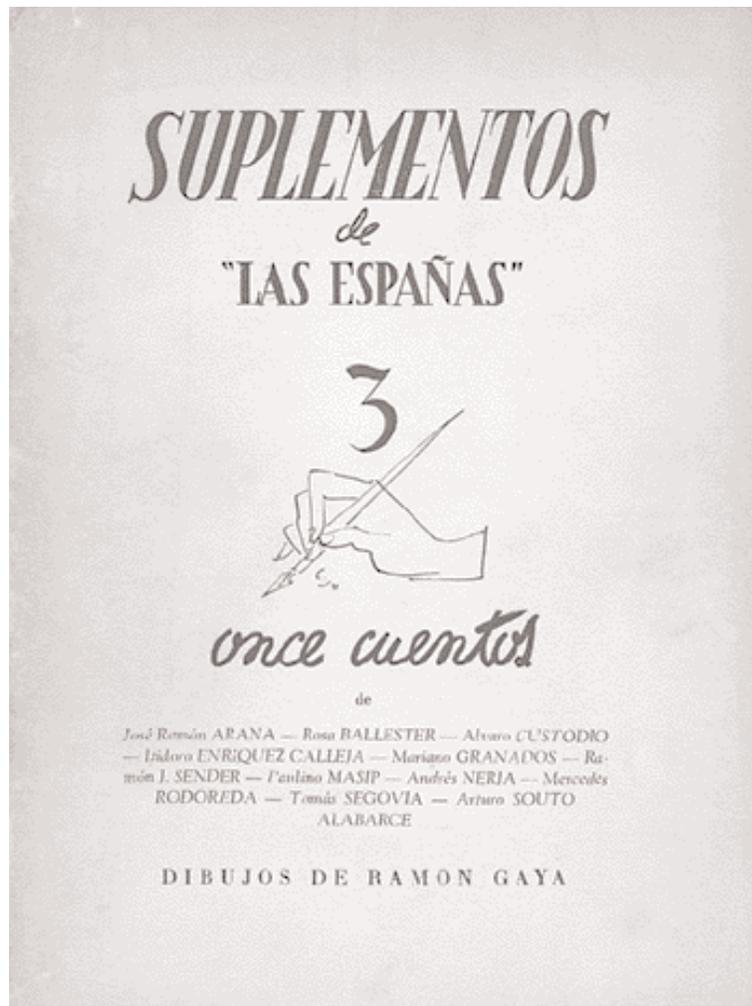
Ramón Alcocer era un muchacho muy parecido al príncipe que todo lo aprendió en los libros. Estaba huérfano de cualidades cordiales y humanas. No decimos que careciese del sentido formal de las cosas, sino que todo lo pasaba por el cañamazo de una lógica formal e irritante. La ocurrencia de un amigo y el menor de esos accidentes que suelen producirse por mera estupidez, le presentaban un problema casi filosófico. Y no se quedaba tranquilo hasta no haberle hallado la solución cabal y justa. Como diría un sabio muy español, es que lo ahogaba la metafísica.

En el momento en que nosotros narramos una de sus entrañables aventuras, Alcocer acababa de pasar por terrible y honda decepción amorosa.

Esta vez, para no dejar de ser quien era, planteó la situación íntima por coordenadas cartesianas, suponiendo que su crisis quedaría resuelta a fuerza de tragar libros sobre el amor; y que las heridas abiertas en su corazón por los constantes desvíos de las mujeres, a quienes no podía olvidar, cauterizaban con la evasión literaria amén de cierta y alarmante comprensión filosófica de sus peripecias. Pero Alcocer echaba en saco roto, de una manera lamentable, que precisamente la literatura y la filosofía tenían la culpa de sus fracasos sentimentales.

Pasándose aquella noche de claro en claro, Alcocer enfrascóse en el Infierno del “águila florentina” siguiendo con fruición golosa las alegorías

El presente relato fue publicado originalmente en un cuaderno que, con el título de *Once cuentos*, fue tercer suplemento de la revista *Las Españas*, una de las más interesantes publicaciones del exilio español en México. Con dibujos de Ramón Gaya y editado en abril de 1949, *Once cuentos* reunía, además de “Una moraleja del Diabolo”, relatos de José Ramón Arana, Rosa Ballester, Álvaro Custodio, Mariano Granados, Ramón J. Sender, Paulino Masip, Andrés Neria, Mercedes Rodoreda, y los entonces jovencísimos Tomás Segovia y Arturo Souto. *Los Universitarios* ha querido rescatar este texto con motivo de la conmemoración de los treinta años del fallecimiento del maestro Enriquez Calleja (1900-1971). Se han incorporado, además, las correcciones de puño y letra que don Isidoro hiciera sobre el cuaderno ya publicado.



del maravilloso poema. Trataba a toda costa de acallar las voces de su corazón, cuando le llegó la hora de pegar los ojos a eso del cantar los gallos.

Como tenía los párpados muy cargados de infierno roncaba desagradablemente. Un duermevela mágico lo llevó a campo traviesa por los surcos del libro hacia la acción subconsciente, continuando el lento y majestuoso caminar de la *Divina Comedia*, que aprisionaban sus manos. A medida que se esfumaban las estampas líricas destacábanse con líneas precisas las proyecciones de sus propias inquietudes. En un primer plano onírico se imponía inquietante la realidad de Ramón Alcocer. Desaparecía Beatriz en pos del cielo regalado y él bajaba hacia el vértice del cono infernal, en donde se veía claro el rostro de Andrea, su primera novia formal.

Ramón sentía temblores tremendos y un terror indescriptible al contemplar elevadísimas lenguas de fuego de entre las que salía el cuerpo desnudo y encendido de Andrea. Los ojos terribles y desencajados de ella se clavaban como alfileres en el alma de Ramón. Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, pues la voz se le perdía en el infierno como un hilo de seda azul, gritó dirigiéndose a su antiguo amor:

—Andrea, Andrea: ¿cómo has llegado hasta aquí? Todos los caminos del mundo hubiera seguido para hallarte, menos éste.

—Y jamás me hubieras encontrado por ninguna de tus rutas —respondió Andrea echando fuego por la boca y con una voz estentórea—; pues cada vez que yo notaba tu presencia emprendía nuevas huidas para evitar retornos imposibles.

—No pude entender ni explicarme nunca tu desaparición repentina.

—Me fugué con tu amigo. Había despertado en mí una pasión que arrollaba fuerzas físicas y principios morales.

—Y en tanto yo soñando en el singular amor que demostrabas sin figurarme ni un momento que pudiese ser una gran farsa.

—Farsas no. Me habías enseñado a quererte así: "singularmente". Los dichosos conceptos no brindaban más que un amor teórico. A cada minuto había de pensar el matiz de los sentimientos y te amé razonando los silogismos amorosos que vertías en mis oídos... Así y todo yo me volvía arrobada con los labios ávidos, buscándote. Y tú, derramando impertérrito el surtidor de tu verbo de maravilla, discurriendo de amores célebres que no saciaban la sed del mío. Del mío que me consumía lentamente...

—Pero Andrea: es que no era una aventura pasajera. Ibas a unirte a mí para toda la vida. No creía yo que hubiese necesidad de prostituir a la prometida.

—No; no comiences a teorizar; ya estamos ante lo irremediable. Escúchame las cosas: uno de aquellos crepúsculos en que te despedías con excesiva rapidez para sumirte indudablemente en la vida artificiosa de los libros, luego de haber dejado en mis labios el néctar del deseo más rabioso, llegó "el otro". Mi rostro debía reflejar la púrpura encendida del atardecer. Y eso debió encenderlo, porque desvió diligente la conversación por el camino, peligroso en aquel momento, del amor.

—Ahora comprendo bien por qué multiplicaba sus atenciones para nosotros, el que yo traté siempre como el mejor de los amigos.

—Intuyendo certero la oportunidad del momento —dijo Andrea despidiendo llamas por palabras— rodeó mi cintura con brazos varoniles y sabios y libó la miel que tú habías dejado momentos antes en todo mi cuerpo.

—¿Y tu voluntad, mujer, para defender apetencias elementales, ya que no el respeto que a mí me debías? ¿Tan débiles fueron tus fuerzas para luchar por la honradez femenina?

—Mi honradez era tuya. Yo cegaba sin contar que no fueses tú quien aplacase la sed que tarde a tarde habías despertado... Sí; pensaba en ti y se repetían aquellas tardes, haciéndose muy largas las horas que yo soñaba en sus brazos. Te alejabas tú y llegaba él, erigido en dueño y señor de mi voluntad. Caracoleaban aún en mis oídos las filigranas de las palabras tuyas y, sin haberse alejado por completo los ecos, la bruta energía de tu amigo despabilaba a todas las fieras de mi cuerpo. Y lo que comenzó como agradable pasatiempo —siempre evocándote con todas las fuerzas del corazón— tornose inevitable vicio.

—Es decir, que al tiempo que me ofendías resbalabas por la segura pendiente de la degeneración.

—No pensaba en nada más que en recibir unas caricias que agradecía como si fuesen tuyas. Lograda la libertad de todos los deseos locos, el mismo día en que colocaban en mis sienes la corona de novia, el “otro” venció la espiritualidad de tus teorías y caí en sus brazos para seguir adonde quiso llevarme.

Ramón Alcocer iba a pronunciar algunas palabras, pero la congoja fue más fuerte que ellas y, llevándose ambas manos a los ojos, sollozó unos instantes para después, con calma, decir a Andrea:

—¡Cómo me duelen tus desdichas y lo mucho que debes de haber sufrido!

La voz de Andrea iba como alejándose y en sus labios se quemaban las palabras saliendo como silbidos débiles. Su conversación no fue más que una pausa en los tormentos, para sentirlos luego más punzantes. Cuando hubo callado comenzó a girar en dolorosa danza, retorciendo su cuerpo entre llamas de todos los colores. ¡Un cuadro sublime si, en realidad, no fuera el martirio atroz al excesivo pecado de la carne!

Cuajado de piedad y ternura infinitas, Ra-

món Alcocer recordó su antiguo amor y sintiose bastante culpable de haberle pedido una pureza imposible. Tarde pensó que hubiera sido muy feliz, de entender a tiempo la realidad femenina de Andrea. ¡Y le fue preciso creer en el platonismo de Dante y de Petrarca para soñar aquella visita a las infelices que purgan la causa de los hombres “puros”...!

Bastante dormido, todavía intentó alcanzar a Andrea con sus brazos para rescatarla del fuego... Ella continuaba la danza infernal, vertiginosa, dando carcajadas terribles y gritos como latigazos...

\* \* \*

Había sido demasiado fuerte la pesadilla para que Ramón continuase durmiendo sin más ni más. Despertó jadeante y con los ojos convertidos en manantiales de lágrimas. Antes de recobrar su conciencia total le pareció ver algo borrosa una cabecita roja y con cuernos de cuya boca sarcástica salían estas endiabladas palabras:

—Inocente soñador: no olvides para otra vez que en el mundo, unos cortan el bacalao para que se lo coman otros.

En un santiamén se levantó de la cama poniéndose debajo de la ducha, como queriendo apagar un fuego que envolviera su cuerpo. Luego tiró el libro del Dante con tanta rabia que comenzaron a volar tercetos por la habitación y dando un salto hasta el Renacimiento de su biblioteca, cogió ansioso los cuentos de Boccaccio y un tomo del Arcipreste. Se los colocó debajo del brazo y se fue al parque decidido a devorarlos aquella misma mañana. Efectivamente, leía ansioso y obsesionadamente, pero con el rabillo del ojo lanzaba miradas, entre párrafo y párrafo, a las pantorrilas de las muchachas mañaneras que paseaban su juventud ubérrima bajo los ahuehuetes milenarios de Chapultepec.

Así, aprendiendo el buen amor, dio comienzo una vida menos platónica y más sabrosa para Ramón Alcocer. ◉

